

Antoni Domènech



El eclipse de la fraternidad

Una revisión republicana de la
tradición socialista



Akal / Reverso / 8

Antoni Domènech

El eclipse de la fraternidad

Una revisión republicana de la tradición socialista

Presentación: César Rendueles

Epílogo: Daniel Raventós

De la célebre divisa revolucionaria –*liberté, égalité, fraternité*– la fraternidad, que entrañaba la incorporación plena de quienes viven por sus manos a una sociedad civil republicana de seres libres e iguales, es el gran valor olvidado. ¿Cómo y por qué ésta, tras el punto culminante que supusieron las revoluciones de 1848 y sus aspiraciones a regular el derecho de propiedad, se fue desliendo paulatinamente hasta casi desaparecer?

A recorrer las vicisitudes y peripecias del que fuera a la postre el programa del ala democrático-plebeya de la Ilustración europea consagró Antoni Domènech una obra sin par. Fructífera combinación de narración histórica y discusión conceptual y normativa, *El eclipse de la fraternidad* reconstruye magistralmente las luchas protagonizadas por la izquierda social y política, y muestra cómo el viejo ideal de fraternidad republicana sigue siendo un astro poderoso que, aun eclipsado, determina el campo de gravedad de la política democrática contemporánea.

«No son frecuentes los libros que –como éste– dan mucho más de lo que anuncian. Por de pronto, toda una propuesta de replanteamiento de los métodos y objetivos de la filosofía política.»

Jacobo Muñoz (†)

«Una obra asombrosa e intempestiva, probablemente el ensayo en lengua española más importante en lo que llevamos de siglo.»

César Rendueles (de la Presentación)

«Antoni Domènech Figueras es un gigante del pensamiento contemporáneo.»

Daniel Raventós (del Epílogo)

Antoni Domènech (Barcelona, 1952-2017) fue catedrático de filosofía de las ciencias sociales y morales en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Barcelona. Pensador tan erudito como incómodo y heterodoxo, Domènech escri-

bió numerosos artículos académicos, y tradujo al castellano y dio a conocer la obra de importantes pensadores contemporáneos de las más variadas corrientes (John Rawls, Jürgen Habermas, John Roemer, Pierre Vilar, E. P. Thompson...). También desarrolló una intensa actividad como publicista político en varias revistas de intervención y crítica político-cultural, como *Mientras tanto* (fundada por el que fuera su maestro, Manuel Sacristán) o *Sin Permiso*, de la que fue cofundador y editor general.

Diseño de portada
RAG

Director
Juan Andrade

Motivo de cubierta
George Grosz, *The eclipse of the sun* (detalle), óleo sobre lienzo, 1926, Huntington, Nueva York, Heckscher Museum of Art (© Estate of George Grosz, Princeton, N.J. | VEGAP, Madrid, 2019)

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Herederos de Antoni Domènech Figueras, 2019

© Ediciones Akal, S. A., 2019

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4782-7

Presentación

Auge y ocaso del republicanismo plebeyo

César Rendueles

Más de dos siglos después, los tres valores del lema revolucionario de 1789 –libertad, igualdad y fraternidad– han corrido una suerte bien distinta. La libertad cotiza al alza. De hecho, es uno de los pocos conceptos genuinamente políticos que han salido indemnes de la larga restauración mercantilizadora que ha experimentado el mundo desde finales de los años setenta del siglo pasado.

Tal vez por eso incluso intérpretes afines a la izquierda política consideran positivamente el capitalismo postfordista y la cultura posmoderna como una ganancia en libertad o, al menos, como una ventana de oportunidad para las políticas emancipadoras. Desde ese punto de vista, la imposibilidad de desarrollar una carrera laboral coherente, la crisis de los cuidados o la destrucción de los espacios tradicionales de socialización política –como los sindicatos– tendrían implicaciones positivas, en la medida en la que abren la posibilidad de un proceso de reinención personal potencialmente ilimitada. La globalización neoliberal es un infierno de explotación, sí, pero ha hecho parte del trabajo de los movimientos antagonistas al librarnos de la alienación del trabajo fabril y colocar al cognitariado en el centro del desarrollo de las fuerzas productivas.

Este punto de vista, en el fondo, consiste en una renovación de una larga tradición de inmanentismo catastrofista que ve en el capitalismo avanzado tanto las condiciones de su propio colapso como las semillas de una sociedad postcapitalista más libre y justa. Seguramente hay elementos interesantes en la crítica de las versiones más escleróticas del izquierdismo obrerista, pero también es cierto que estas interpretaciones edulcoradas del precariado como una astucia de la razón que nos llevará a cotas de libertad nunca holladas son sospechosamente afines a la crisis contemporánea del igualitarismo, el segundo valor republicano.

La libertad de elección se usa hoy cotidianamente para aceptar sin mayor discusión un abanico asombrosamente amplio de prácticas alienantes o, como mínimo, moralmente inquietantes, desde la prostitución a la gestación subrogada. Las reivindicaciones de libertad personal radical irresponsables, egoístas o sencii-

llamente ridículas se han normalizado. En 2007 el expresidente del gobierno José María Aznar pronunció un legendario discurso en Valladolid en el que, en manifiesto estado de embriaguez, reivindicaba su derecho a conducir a la velocidad que considerara conveniente tras haber bebido tanto vino como considerara oportuno. Una escena similar pero con discursos igualitaristas – un expresidente exigiendo la nacionalización de la banca, por ejemplo, o el establecimiento de límites a los salarios más altos– sería inimaginable.

De hecho, tal vez la transformación política más importante de las últimas décadas sea el desvanecimiento de los ideales igualitarios de la esfera pública. Hasta el punto de que la izquierda moderada ha asumido plenamente la meritocracia como un objetivo progresista, de ahí la popularidad que ha adquirido la noción de «igualdad de oportunidades». Desde este punto de vista, la justicia social pasa por eliminar las barreras de clase, género o etnia que distorsionan los mecanismos de gratificación de los talentos individuales. El igualitarismo profundo, en cambio, entendía la igualdad como un objetivo colectivo, como el resultado de un proceso complejo de intervención política.

La exclusión del igualitarismo del espacio político es tan exhaustiva que apenas se ha visto afectada por el creciente interés público por la desigualdad. En la última década las cuestiones teóricas y prácticas relacionadas con la estratificación social han cobrado una visibilidad pública apenas imaginable antes del inicio de la Gran Recesión. Hasta 2008, la información y el estudio de las distintas dimensiones de la desigualdad material en los países de la OCDE tenían una presencia prácticamente anecdótica no sólo en los medios de comunicación mayoritarios sino también en las ciencias sociales. Desde entonces, las noticias sobre el aumento de la desigualdad se han normalizado y términos técnicos como «pobreza energética», «índice de Gini» o «riesgo de exclusión social» se han vuelto de uso común en el lenguaje periodístico. En el ámbito académico también se ha producido un pronunciado efecto rebote y ha aparecido una avalancha de investigaciones en torno a la desigualdad cuyo rasgo más característico es la abundancia, la calidad y la repercusión de los estudios cuantitativos, algunos de ellos muy técnicos. Sin embargo gran parte de estos estudios tienen un carácter diagnóstico y ateórico. Describen las dinámicas de estratificación con gran detalle pero son mucho más cautos a la hora de identificar las causas de los procesos o proponer reformas sociales significativas.

Hay razones teóricas para ello pero también políticas: el igualitarismo profundo, es decir, la igualdad entendida no como un punto de partida sino como un objetivo, prácticamente ha desaparecido de nuestro horizonte moral.

Si el ideal de la igualdad profunda ocupa un lugar marginal en las sociedades posmodernas y multiculturales, el caso de la fraternidad es más paradójico. Por un lado, el término «fraternidad» parece haberse evaporado del léxico político contemporáneo. Las pocas veces que se pronuncia suena a club universitario norteamericano o a asociación de veteranos de guerra. Por otro lado, ha renacido larvadamente en la preocupación contemporánea por la fragilización de las relaciones sociales. Tres de los sociólogos más populares de finales del siglo XXI –Zygmunt Bauman, Richard Sennett y Robert Putnam– han dedicado sus obras más conocidas al deterioro de los vínculos sociales.

En el campo de la práctica política contemporánea también se ha producido una potente recepción de estos debates neocomunitaristas o postcomunitaristas. En particular, las discusiones en torno a los «comunes» –cuya actualidad y legitimidad académica quedó sancionada con la concesión del premio Nobel de economía a Elinor Ostrom en 2009– se han incrustado profundamente en los discursos, los programas y las prácticas de la izquierda política, que ha visto en ese repertorio conceptual una salida a sus adherencias estatistas del pasado alternativa a la mercantilización. Es un giro complejo y lleno de claroscuros. La búsqueda de intervenciones comunitarias como contrapeso al autoritarismo burocrático y la mercantilización es legítima y muy productiva. Sin embargo, lo cierto es que la complejidad de las necesidades organizativas de las sociedades contemporáneas – sanidad, educación, gestión de residuos, políticas energéticas...– hace que las intervenciones neocomunales a menudo tengan un carácter limitado o incluso meramente cosmético.

Peor aún, el desmoronamiento del proyecto neoliberal ha hecho que las elites económicas se muestren cada vez más interesadas en recomponer la urdimbre social dañada por el mercado en unos términos que les resulten convenientes. Con el objetivo, primero, de disponer de un mecanismo espontáneo de contención de las dinámicas políticas que amenazan su posición y, segundo, de inyectar una vigorosa dosis de esteroides sociales a un ciclo de acumulación manifiestamente deteriorado con la esperanza de aplazar su descomposición definitiva. La primera estrategia es visible, por supuesto, en la oleada reaccionaria que

de Estados Unidos a Hungría, pasando por Italia o el Reino Unido, está sacudiendo el mundo. Pero también, en segundo lugar, estamos asistiendo a la colonización mercantil de dinámicas colaborativas de todo tipo a través de la eliminación de su armazón institucional y su conversión en energía cooperativa abstracta y, de este modo, parasitable mediante dispositivos extractivos. Es el fundamento de lo que se ha dado en llamar «capitalismo de plataforma» y, muy especialmente, de empresas muy austeras materialmente, como AirBnB o Uber. El mercado es compatible con la cooperación no monetaria, incluso en sus vertientes menos individualistas, siempre que esa colaboración sea dinámica, moldeable, y rupturista, abierta a la destrucción creativa mercantil.

Puede resultar extraño, pero tal vez debamos el mejor diagnóstico de la gramática profunda de esta extraña combinación de meritocracia, liberalismo expresivo y neocomunitarismo líquido –de su coherencia con algunos conflictos duraderos que atraviesan el capitalismo desde sus orígenes– a un libro de historia y filosofía política editado antes del inicio de la crisis actual y dedicado a analizar la aparición de una alternativa democrática radical a las corrientes modernizadoras hegemónicas que parte del jacobinismo y llega hasta las distintas propuestas socialistas del siglo XX.

El eclipse de la fraternidad de Toni Domènech es una obra asombrosa e intempestiva, probablemente el ensayo en lengua española más importante en lo que llevamos de siglo. Se publicó por primera vez en 2004, cuando la globalización neoliberal parecía gozar de excelente salud y la economía española, se nos decía, atravesaba una época boyante gracias a un crecimiento sostenido sin parangón en Europa. El hedonismo se había convertido en un poderoso dispositivo de desproblematización política. Si uno estudiaba mucho, se quejaba poco y sabía inglés, todo iría bien, o lo que es lo mismo, podría disponer de un amplio surtido de versiones *low cost* de los artículos de consumo sofisticado. Muy significativamente, el endeudamiento hipotecario se había convertido en una fuerte vía de cohesión social, en la medida en que alentaba las esperanzas individuales de movilidad social ascendente intergeneracional. Las hipotecas imposibles eran el peaje que pagaban los padres para que sus hijos accedieran al nirvana de la propiedad inmobiliaria. Incluso parecía que los dilemas del individualismo egoísta podían ser salvados

digitalmente mediante la «sociedad en red» y las nuevas formas de subjetividad posmaterialista.

En el campo teórico, la izquierda política estaba ocupada discutiendo *Imperio*, de Toni Negri y Michael Hardt, y dándole vueltas a la extraña idea de «cambiar las cosas sin tomar el poder», como rezaba el título de un libro de Holloway muy leído en la época. Frente a esto, *El eclipse de la fraternidad* proponía un retorno a la filosofía política clásica con una fuerte impronta de investigación histórica y un muy característico aliño de filosofía analítica. Hasta ese momento Toni Domènech era conocido, sobre todo, como un discípulo y colaborador de Manuel Sacristán que había publicado en 1989 *De la ética a la política*, una intervención inteligente y original en el campo de la filosofía práctica que recurría a una combinación poco habitual de estrategias argumentativas, incluyendo herramientas procedentes del campo de la teoría de la elección racional. *El eclipse* es un ensayo mucho más ambicioso y menos académico. Propone una revisión socialista del ideal republicano –o, al revés, como reza el subtítulo: una revisión republicana de la tradición socialista– mostrando la existencia de una contrahistoria plebeya de la Ilustración que hunde sus raíces en proyectos democratizadores que se remontan a la Atenas clásica. En ese sentido, el ensayo de Domènech tiene una fuerte conexión con clásicos de la tradición teórica socialista y, muy en particular, con la obra de historiadores como E. P. Thompson o, más recientemente, Peter Linebaugh, que han intentado rastrear las vertiente populares de los proyectos emancipadores anticapitalistas.

Domènech analiza el surgimiento del valor republicano de la fraternidad como el resultado de un proyecto igualitarista de las clases subalternas que, a finales del siglo XIX, trataron de librarse de la ley familiar que las sometía. Los tres valores republicanos aparecieron, por tanto, como un delicado engranaje de condiciones formales, materiales y sociales de los proyectos emancipatorios, que precisan de un humus jurídico adecuado, condiciones de vida dignas y compromisos sociales libres pero firmes. La fraternidad fue, así, el resultado de un impulso igualitarista que, a su vez, responde al desarrollo cabal de una fortísima ronda histórica de dinámicas emancipatorias. *El eclipse* va localizando en distintos escenarios históricos –las revoluciones americana y francesa, la Comuna de 1871, la socialdemocracia alemana, la revolución soviética, la República española...– la terca reaparición de una energía política subalterna que vuelve a plantear conflictos

sociales que las elites intentan sofocar. El ensayo de Domènech se puede leer como una fascinante novela histórica acerca de la *demofobia* reactiva que en los últimos dos siglos ha tratado de contener los numerosos proyectos populares que aspiraban a completar el proyecto político y social ilustrado.

Es difícil imaginar, por tanto, una obra que radiografié mejor nuestro presente –el conflicto entre los contramovimientos reaccionarios y democratizadores que están surgiendo de la descomposición del régimen global neoliberal– como una fase avanzada de una tensión estructural de la propia arquitectura de la modernidad. La fragilización social, el auge de la libertad entendida como libertad de elección en el mercado y la crisis de la igualdad, tanto empírica como normativa, son manifestaciones explosivas de un proceso de largo recorrido: la desaparición como sujeto político –en permanente construcción y ampliación– de un colectivo muy amplio y socialmente heterogéneo –la clase trabajadora, el pueblo o, más recientemente, el 99%– que, a pesar de (o gracias a) sus propias contradicciones, es capaz de impulsar un proceso de emancipación para la mayoría social.

Tal vez la principal moraleja teórica del análisis de Domènech es que la igualdad es un proyecto complejo. Las corrientes dominantes del pensamiento político y moral entienden la libertad como un fruto delicado que debe ser velado mediante toda clase de garantías y contrapesos. La igualdad, en cambio, suele ser concebida como un hecho bruto y poco sofisticado, apenas un punto de partida que deja todo lo interesante por hacer. *El eclipse de la fraternidad* muestra cómo distintos movimientos antagónicos modernos desarrollaron a lo largo de su historia proyectos de construcción institucional sofisticados e imaginativos dirigidos a sentar las bases de una profundización en la igualdad y en la justicia social. Esa forma de vínculo social a la que llamamos fraternidad –una paradójica solidaridad no impositiva, un sistema de compromisos y obligaciones que hacen más libres a los ciudadanos de una república– es en buena medida el subproducto de una serie de estrategias igualitaristas cuyo objetivo es conquistar la mayoría de edad política de los grupos sociales subalternos.

Antoni Domènech

EL ECLIPSE DE LA FRATERNIDAD

UNA REVISIÓN REPUBLICANA DE LA TRADICIÓN
SOCIALISTA

Nosotros y los nuestros, todos hermanos nacidos de una sola madre, no creemos que seamos esclavos ni amos unos de otros, sino que la igualdad de nacimiento según naturaleza nos fuerza a buscar una igualdad política según ley, y a no ceder entre nosotros ante ninguna otra cosa sino ante la opinión de la virtud y de la sensatez.

Aspasia (siglo V antes de nuestra era; compañera y maestra política de Pericles, el cual dispuso que se hiciera mención expresa en su propio epitafio de la *gynaikéia aretê*, de la virtud política de las mujeres)

Ya vemos perfectamente, a través de vuestras falsas máximas de libertad y de vuestras grandes palabras de igualdad, que, a vuestros ojos, no somos sino la canalla.

Marat (1790)

... ni el pasado ha muerto, ni está el mañana –ni el ayer– escrito.

Antonio Machado (1938)

En el seno del mundo dado tiene el hombre que hacer triunfar el reino de la libertad; para lograr esa suprema victoria es necesario, entre otras cosas, que, más allá de sus diferencias naturales, hombres y mujeres afirmen inequívocamente su fraternidad.

Simone de Beauvoir (1949)

Agradecimientos y precisiones

Un libro que se arrastra durante años, forzoso es que lleve consigo una buena cosecha de deudas de gratitud intelectual y personal. Para empezar, jamás se habría publicado si varios amigos no hubieran empezado por convencerme, con insistencia digna sin duda de mejor causa, de que un amasijo de notas y borradores, escritos sólo, como tengo por costumbre, para ilustración mía, y cuando mucho, para posible provecho de amigos cercanos, contenían algo que podía ser de utilidad más general: Anna Alabart, Fernando Aguiar, María Julia Bertomeu, Andrés de Francisco, María Teresa Lavalle, Jordi Mundó, Daniel Raventós, Graciela Vidiella y mi hija Marta Domènech. Todos leyeron además partes de primeros borradores del manuscrito de este libro, y me hicieron llegar críticas y comentarios de mucho provecho. Sin ellos, mi vida intelectual en estos últimos años habría sido mucho más pobre, y en cualquier caso, este libro nunca habría visto la luz.

David Casassas, Martha Córdoba, Martín Daguerre, Cristina Donda, Julieta Elgarte, Xavier Godàs, Sandra González, Salvador López Arnal, Joaquín Miras, Isabel Muñoz, Mónica Padula, Javier Peña, Carlos Abel Suárez, Trinidad Bretones y Ana Tissera leyeron distintas partes de un primer manuscrito y detectaron con buen humor errores varios, algunos graves. El helenista Miguel Candel y el romanista Paco Andrés hicieron también una contribución a la limpia de alguno, por lo que les estoy muy agradecido.

La veterana luchadora socialista y feminista Montse Cervera, paradigma de honradez política, contribuyó, bastante más de lo que ella misma imagina, a definir la perspectiva política de este libro. También me he beneficiado mucho intelectualmente de mi relación de amistad con Alicia Gianella, Anna Estany y Eulalia Pérez Sedeño, quienes vienen instruyéndome fraternalmente desde hace muchos años con sabrosas lecciones filosóficas procedentes de la causa feminista.

Ángeles Lizón y Ana Lizón, hijas del exilio, que llevan en el corazón la Segunda República española, apoyaron desde el comienzo la idea de escribir este libro con un entusiasmo tan contagioso, que no sabría cómo agradeceréselo con palabras.

Paulette Dieterlen, Elisabetta Di Castro, Atahualpa Fernández, Elsa Gil, Carlos Lobianco, Jorge Sethson, Susana Ure, Adelita Kein y Silvia Woods han contribuido también, cada cual a su modo, a que este libro tuviera más conscientemente en cuenta la realidad política iberoamericana.

Victoria Camps leyó partes de una primera versión, y sus comentarios me resultaron de verdadera utilidad.

Gregorio Morán leyó un largo capítulo sobre Ortega que finalmente he preferido dejar *ad acta* y guardar para otra ocasión. Pero varias de sus observaciones críticas a ese capítulo inédito me han servido también para otras cosas de este libro.

Los comentarios de Gonzalo Pontón me ayudaron a concebir de un modo nuevo y más eficaz la peculiar combinación que aquí se ofrece de narración histórica y discusión conceptual y normativa.

En el trecho final, en la agobiante última soba –esa de la que decía Ortega que no es nada y es tanto– echaron una mano fraternal María Julia Bertomeu, Daniel Raventós y Marta Domènech. Los discretos y constantes alientos de mi hermana Roser, mi más antigua amiga, tienen también aquí agradecimiento expreso.

Buena parte de esta investigación ha sido posible gracias al proyecto de investigación núm. BFF 2002-04394-C02-01, financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología.

Todas las traducciones de las citas son mías, salvo cuando se da el nombre del traductor castellano.

El punto de vista y la tradición política partisana del autor –un socialista sin partido– resultarán evidentes al lector desde la primera página. Sin embargo, consciente de que nada ha dañado más en el pasado a esa tradición que las verdades a medias, las mentiras a sabiendas –supuestamente piadosas–, las caras de beato con uñas de gato y las nieblas sentimentales del autoengaño, he hecho todos los esfuerzos posibles para seguir el consejo del clásico y tratar de escribir yo también *sine ira et studio*.